

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 391

Barcelona, 27 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**Los últimos  
cañonazos ex-  
tranjeros en**

**Teruel no han podido  
apagar el eco de nues-  
tra primera victoria,  
que reverdecera con  
el concurso de todos  
en nuevos y decisivos  
triumfos.**

(Del discurso de Don Juan Negrín)

## Discurso pronunciado en Barcelona, por el Excmo. señor Presidente del Consejo de Ministros, D. Juan Negrín, ayer sábado, 26 de febrero, a las diez de la noche

ESPAÑOLES:

La superioridad de material acentuada, pero transitoria, de los ejércitos adversarios, ha impuesto a los soldados de la República el abandono de Teruel. La noticia de su evacuación no fué substraída al conocimiento público ni un solo instante. La divulgó el Gobierno mucho antes de que los propios rebeldes se decidiesen a consignar en su parte la toma de la plaza.

Orgullo del Gobierno de la República ha sido siempre tener informado al país del curso exacto de nuestra guerra. Ninguno de sus episodios, dramáticos o venturosos, le ha sido ocultado o desfigurado jamás. Fiel a la conducta que acredita a un régimen democrático, seguro de la fortaleza moral de nuestro pueblo, tantas veces puesta de manifiesto, el Gobierno ha ido a él sin temor y en todo momento para exponerle la verdad escueta, y para señalarle, al mismo tiempo, las causas determinantes de una situación dada, y los consejos, las orientaciones, las soluciones que se imponían; para gobernar, en suma, sin ninguna vacilación, de cara al pueblo, con su colaboración entusiasta y al servicio de su victoria.

Este acatamiento a la verdad está justificado por el sentimiento de confianza de que están influidas todas las determinaciones del Gobierno.

Tan claro proceder no pueden permitírsele todos los Gobiernos. Ni en nuestra Historia se registran muchos casos parecidos. Solamente puede obrar así un Gobierno que tiene la seguridad de que cuenta con la confianza y adhesión del pueblo, confianza y adhesión que se le manifiestan por mil motivos y se le presta de mil y mil maneras.

Investido de esta autoridad, me dirijo hoy a todos los españoles, a los de aquí y a los de allende las trincheras, para proclamar ante todos, ante los que en los frentes luchan por España y por la República; ante los que aportan su esfuerzo en sus estudios, en el laboratorio, en la fábrica o en el campo; y también para que lo sepan los enemigos embozados y los descubiertos, que la victoria rotunda, indiscutible, arrolladora, será del pueblo español, el cual posee arrestos, energías y recursos sobrados para imponerla.

### En Teruel la República ha desbaratado los planes del enemigo.

Durante dos meses han tenido lugar, en uno de nuestros frentes de lucha, los más violentos combates habidos desde el comienzo de la guerra. El Frente de Levante ha cobrado por ello una extraordinaria importancia nacional e internacional. Y el vaivén de las operaciones allí desarrolladas arroja para la República un balance positivo.

El mando italoalemán del ejército enemigo preparaba, desde mediados de noviembre, una ofensiva, ofensiva que era anunciada jactanciosamente con todos los medios de publicidad: por la prensa y por las radios de los facciosos y por los periódicos de los países invasores; ofensiva con la que especulaban incluso los diplomáticos de estos países para sus maquinaciones en las cancillerías. La propaganda de esta ofensiva, que se anunciaba como arrolladora, constituía de por sí un arma que utilizaba el enemigo contra nosotros. Y era también, para los cabecillas de la facción, un puntal con el que pretendían sostener la ruinosa moral de su retaguardia. Querían animar, con la promesa de una

victoria fulminante, a aquellos de sus partidarios que mostraban cansancio y duda. Y querían, sobre todo, desarmar, descorazonándolos, a los españoles, más numerosos cada día, que en la zona facciosa anhelan nuestro triunfo.

En estas circunstancias, el Gobierno de la República decidió aplicar una norma elemental de estrategia: desbaratar los planes del enemigo, adelantándose a él; imponerle nuestra voluntad, obligarle a combatir donde a nosotros nos conviniera. Y a mediados de diciembre se emprendió la ofensiva de Teruel. En una semana conquistamos la ciudad fortificada. Nuestro ejército hizo miles de prisioneros. Nuestra mil veces gloriosa aviación derribó numerosos aparatos alemanes e italianos. Por todo el mundo corrió entonces la nueva, de sobra conocida por nosotros, de que la República poseía un Ejército, no sólo animado por el espíritu y el entusiasmo, que en los primeros meses le permitieron hacer frente a un enemigo superior, sino dotado también de las condiciones precisas para acometer con éxito las empresas más arriesgadas y difíciles desde el punto de vista de la técnica militar.

Nuestro éxito fué un golpe terrible para el adversario. El prestigio militar de Italia y Alemania se vino a tierra como ocurriría antes en el Jarama, en Guadalupe, Brunete y Belchite, comprometiendo así sus maniobras diplomáticas. Y la retaguardia facciosa sufrió una conmoción, de pánico en los unos, de júbilo en los más, ante la potencia comprobada del Ejército de la República. El enemigo tuvo entonces que renunciar a sus planes. Para recuperar Teruel volcó sobre nuestras líneas sus mejores fuerzas de choque, las que tenía preparadas para su ofensiva, y durante dos meses, divisiones enteras del ejército rebelde fueron cayendo ante el coraje de nuestros soldados. La reconquista de la ciudad, que los cabecillas rebeldes daban como segura desde primeros de enero, aparecía erizada de dificultades insuperables. Los traidores hubieron de pedir nueva ayuda a sus amos del extranjero, y desde los puertos alemanes e italianos llegaron a la zona facciosa numerosos barcos cargados de aviones y cañones. Con estos refuerzos considerables de material, pagados con trozos de nuestra patria, pudo el enemigo, al cabo de dos meses de desesperadas tentativas, recuperar un terreno que ha sido cementerio de sus más escogidas tropas.

Mas el día en que el Ejército Popular se posesionó de Teruel, rindiendo los últimos focos de su resistencia interior, creíamos en la victoria de la causa republicana con la misma convicción, con la misma fe que creemos en ella ahora que Teruel, por obra exclusiva de la artillería y la aviación italogermánicas, no es de la República, no es de España. Nuestra voluntad de victoria y nuestra segura confianza en el triunfo, no han sufrido disminución. Las conservamos intactas y las vivificamos con nuevos entusiasmos y trabajos.

En el legítimo júbilo suscitado en todo el país, absolutamente en todo, incluso en la zona no sometida a la autoridad del Gobierno, que no es en ella donde con menos afecto se reciben las victorias republicanas; en el júbilo suscitado por la toma de Teruel, el Gobierno se cuidó de insertar advertencias saludables, convencido de que los días adversos no habían acabado. Obligado por su responsabilidad, entendió de su deber prevenir al país contra los abusos del optimismo que, al sentirse

contrariado, determina desplomes del ánimo difíciles de curar; llevó su advertencia hasta el Parlamento, avisando de la manera más solemne los riesgos de lo excesivo. Igual declaración hace hoy. Teruel fué ayer, y sigue siendo hoy, un episodio de la guerra sin ningún carácter decisivo.

No quiere el Gobierno, ni cuadra con la entereza hispánica, neutralizar el amargor de una mala noticia. Prefiere, porque los fundamentos de su seguridad son más sólidos, no engañar con mitigaciones ficticias de la adversidad, entre otras razones, porque se siente con ánimos para hacer de ella una fuerza, para transformarla en energía nacional. Pero una vez más reitero ante vosotros, españoles, con la solemnidad que mi condición de jefe del Gobierno puede conferir a estas palabras: que nuestro plan militar logró en Teruel su propósito fundamental de destruir los planes del enemigo, y que la evacuación de la ciudad por nuestro Ejército no modifica en nada lo esencial de las ventajas entonces alcanzadas.

### Deberes y obligaciones de la hora presente: Dotar a nuestros soldados del material que precisan para afirmar la victoria.

Plantea, no obstante, este hecho, deberes y obligaciones que el Gobierno expone pública y abiertamente al pueblo español. Porque así como nuestros éxitos son sólo nuestros, jamás desmerecidos por vergonzosas protecciones ajenas, nuestras dificultades hemos de resolverlas nosotros. Nuestro pueblo ha demostrado múltiples veces, en el curso de su historia, lo que es capaz de hacer por defender su dignidad y su independencia. Sin armas, sin ejército, traicionado por los gobernantes, logró derrotar, hace poco más de un siglo, a los ejércitos napoleónicos. Desarmado también, acorralado por la perfidia y la traición, supo oponerse a los militares en julio de 1936 y vencerlos. Y ahora, ante la agresión de que es objeto por parte de las potencias fascistas, ha acertado a organizar un ejército potente y hará cuantos esfuerzos y sacrificios sean necesarios para hacerle invencible.

Como conclusión de este período de batallas, después de haber visto la capacidad de nuestro ejército, sopesando exactamente las disponibilidades del enemigo, pero teniendo también en cuenta la cantera inagotable de energías que constituye nuestro pueblo, yo os puedo decir, sin miedo a equivocarme: Triunfaremos. Al servicio de esta convicción han de ponerse en juego los esfuerzos de todos, para hacer desaparecer el desequilibrio de material bélico que nos desfavorece y acelerar así la victoria.

A la artillería y a la aviación extranjera hay que oponer, en masas equivalentes, artillería y aviación republicana. El empeño es realizable. Lo afirma el Gobierno con pocas palabras, pero con suma convicción. Hace intervenir en su seguridad el conocimiento que tiene del heroísmo de los trabajadores antifascistas que se complacerán en contribuir, con un aumento de su capacidad creadora, a dotar a nuestros soldados del material que precisan para afirmar la victoria. La industria propia, de una parte, y los recursos que tiene en juego el Gobierno, de otra, harán que en un plazo próximo desaparezca la actual diferencia de material

(Continúa en la pág. siguiente.)



que da efímero predominio a las tropas rebeldes. El Gobierno se vincula con este nuevo compromiso a su responsabilidad: dotar al Ejército de los elementos que le son indispensables para hacer y ganar la guerra. Cuantos nos ayuden, con toda la pasión de sus brazos, al logro de esa finalidad urgente, contribuirán de manera poderosa al acabamiento victorioso de la guerra y merecerán la gratitud de la República. El propio Ejército popular no dejará de ser sensible a esa mayor contribución de esfuerzos de la retaguardia. El Gobierno, que sabe de un modo exacto lo que puede esperar de fuera, solicita de todos los productores un crecimiento de los cupos de producción.

### La guerra no acaba en España porque Europa no lo desea.

Alcanzará a tener el Ejército republicano, conforme a su necesidad y a nuestro deseo, el material que le falta para imponerse a las columnas rebeldes y a los soldados extranjeros, que unos y otros son, en paridad de condiciones, inferiores a nuestros combatientes. Frente a un Ejército nutrido de forzados coloniales y de legiones extranjeras, la República ha opuesto un Ejército español, regular y disciplinado, capaz por sí mismo para poner término a la guerra, si Europa, escindida en países de inveterada audacia y en naciones vergonzosamente complacientes, no consintiese que Italia y Alemania continuasen enviando, en cantidades voluminosas, los últimos modelos de su material bélico a los rebeldes españoles. La guerra no acaba en España porque Europa no lo desea. Su, llamémosla, política de «no intervención» es responsable de nuestras mayores desventajas: de los bombardeos de las ciudades abiertas, de la piratería en el Mediterráneo, de la evacuación de Teruel. El material que sistemáticamente niegan las democracias al Gobierno legítimo de la República, se lo proporcionan las naciones totalitarias, con servidores expertos, al general Franco. En los primeros meses de la guerra se hizo secreto de esos envíos. En la actualidad, ni Italia ni Alemania tienen el menor interés en gastar tiempo fabricando apariencias de neutralidad. En tanto las cancillerías especulan morosamente sobre la necesidad de encontrar una fórmula para la retirada de voluntarios, desde los puertos marítimos y aéreos de Italia y Alemania se pone en viaje hacia la España invadida el material indispensable para que los rebeldes puedan prolongar la guerra: aviones de mucha velocidad y potencia militar, gruesas piezas de artillería pesada, máquinas automáticas de fuego... Supriman esos envíos y la guerra de España, motivo de justificada inquietud para la paz de Europa, terminará en una fecha próxima con la victoria de la República. Si los rebeldes hubieran necesitado vivir ateniéndose a sus recursos económicos para la adquisición de material de guerra, va para mucho tiempo que la guerra sería un suceso pasado. Las disponibilidades económicas de los sublevados de julio se acabaron en los primeros meses, y si con ellas no desaparecieron los suministros, es porque, en su desafección por España, no dudaron en cederla en hipoteca a sus proveedores de armamentos, Italia y Alemania, que buscan en la operación asegurarse, para sus futuras iniciativas contra Europa, una admirable base de operaciones en el Mediterráneo y en los Pirineos. Al beneficio de mañana sacrifican su material de hoy, abiertamente cedido a una fracción rebelde de un país que, independiente y libre según el Derecho internacional, no encuentra en los mercados del mundo quien le suministre el armamento que está decidido a pagar con su dinero. Esta es la verdad fundamental con que España puede abochornar al mundo. De ella nacen los otros reproches que Europa se ve obligada a paliar, fingiendo preocupación por los acontecimientos de España.

La prolongada simulación de un sentimiento está expuesta a constantes imperfecciones y fallas, por una cualquiera de las cuales se viene en conocimiento del grotesco simulacro. En relación con nuestro problema nacional, las imperfecciones de la simulación vienen siendo constantes; pero una hay, entre ellas, que interesa que no pase sin el indispensable subrayado. Nótese que en tanto la República no consiguió constituir su Ejército regular, el peso de las aportaciones que en unidades combatientes hicieron a los rebeldes Alemania e Italia, fué decisivo. En Europa, donde estaban mejor enterados que nosotros, no se quiso conocer la presencia en España de tropas invasoras, y fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para enfrentarla con tan grave acontecimiento. Hubo necesidad de que las Brigadas Internacionales — congregación generosa y espontánea de hombres de las cinco partes del mundo, que pedían una plaza para morir por la libertad — se personasen en la defensa de Madrid para que, considerada su fuerza, se pensase, buscando un refugio que no molestase a los dos países invasores, en la retirada de «voluntarios». Las conversaciones iniciadas entonces continúan al presente. Nadie con imaginación bastante para calcularlas el término. Ya hoy esa conversación diplomática carece de interés para nosotros. Iniciada a tiempo y llevada con eficacia pudo habernos sido útil. Ahora, no. Los soldados invasores pueden ser contenidos y derrotados — ahí está la prueba de Guadalajara — por los soldados de la República. El problema de las tropas de invasión es de segundo plano,

y de primero, el de los armamentos. Pero por lo mismo que su importancia es grande y actual, Europa se olvida examinarlo, simulando una ignorancia tanto más cómica cuanto que desarrolla la más elevada curiosidad por conocer la clase y calidad del nuevo material que Italia y Alemania envían a los rebeldes. Estamos en nuestro derecho al rechazar la fingida preocupación con que Europa pretende excusarse ante nosotros de sus agravios profundos al Derecho internacional. Nunca han dejado de ser claros los términos del problema español, pero hoy lo son quizá más que nunca. Merced a la acumulación de elementos que Italia y Alemania han hecho en la zona rebelde, la República ha perdido la plaza de Teruel que su Ejército reconquistó valerosamente. Pérdida que nos contraría, pero que no nos amilana. Tenemos tal seguridad en los libres destinos de nuestra patria, que de igual modo que sabíamos ayer que la República dispondría de un Ejército ejemplar en la disciplina y abnegado en los heroísmos, sabemos hoy que dispondrá mañana — con tiempo para no perjudicar a la victoria — del material adecuado. Sabiduría que está al alcance de cuantos no han perdido la fe en la reciedumbre moral de nuestro pueblo, que ama, por encima de otro beneficio, el de la independencia, sin la cual sabe que no le es dado aspirar a la libertad.

### Para triunfar necesitamos una concentración de energías en los frentes y en la retaguardia.

La pérdida de Teruel nos pone en la necesidad de declarar, quebrantando la decisión colectiva del Gobierno, de trabajar en estos problemas con la mayor cantidad de eficacia, sí, pero en silencio; que de la misma manera que la República superó el período confuso y heroico de las milicias, superará el presente en que la desigualdad de armamentos ha consentido a los rebeldes rescatar una plaza que les había sido conquistada en el momento en que con mayor ruido amenazaban con una ofensiva a la que atribuían valor decisivo. Superaremos esa desigualdad y colocaremos de nuevo al Ejército en condiciones de asumir la iniciativa. El Gobierno tiene la posibilidad de fijar un plazo a ese logro, pero está obligado a reservárselo y cuenta con que la aportación de las masas populares contribuirá a disminuirlo. Se trata, desde luego, de un plazo breve. Tanto más corto cuanto mayores sean los esfuerzos de la clase trabajadora, a la que ninguna propaganda tendenciosa debe apartar de su confianza en la victoria. Confianza que, para ser fecunda, necesita ser activa y no pasiva. Hacer y ganar una guerra civil es siempre doloroso; hacer y ganar una guerra civil y otra de invasión es, además de doloroso, difícil. Para triunfar de lo uno y de lo otro necesitamos una concentración de energías que deben manifestarse en los frentes y en la retaguardia, en el parapeto más adelantado y en la fábrica más escondida. Ni una sola actividad está disociada de la guerra. Con todas, hasta con las de apariencia más pacífica, se contribuye a ganarla. Ahora el déficit es de material. Italia y Alemania, con la complacencia de los celadores europeos de la pureza de la neutralidad, han enriquecido a los rebeldes hasta superar nuestras disponibilidades. El Gobierno tiene recursos económicos para adquirir en los mercados del mundo los elementos bélicos que neutralizarían esa superioridad. El acuerdo internacional es que nadie se los venda. En su consecuencia, precisamos producirlos. Y los producirémos. Es un compromiso que adquirimos ante el Ejército. No será exclusivamente con su fusil y con su heroísmo con lo que defienda y reconquiste su patria. Dispondrá de artillería y de aviación que le desembarace el camino de sus conquistas. Lo verán los incrédulos y lo comprobarán los escépticos. Y un día se podrá hablar de la evacuación de Teruel como de la única operación militar que, con apariencia de derrota, es uno de los puntos de arranque de la victoria republicana. En las guerras largas, y esta nuestra ya lo es, no suele ser raro que el adversario contribuya, por razones de vanidad o terquedades del capricho, a afirmar la potencia de aquel a quien se propone aniquilar. Si la rendición de Toledo fué, por la pérdida de tiempo que ello significó para los rebeldes, el fracaso del asalto a Madrid — la afirmación es ya un problema de historia, pero con la verosimilitud suficiente para no desdeñarlo —, es posible que la toma de Teruel signifique — lo veremos sin gran tardanza — el comienzo del acabamiento de la guerra para los rebeldes. De nuestra voluntad de trabajo y de victoria depende. Las condiciones de ese acontecimiento venturoso están contenidas en potencia en ese hecho de armas que se nos presenta como adverso. De nosotros depende. De nosotros, es decir, de todos los españoles. De los que respondemos, poniéndonos en línea, a la voz de la tierra de que hemos sido formados, cuando reclama contra las ofensas y las heridas de que le hacen víctima quienes ensayan en ella su capacidad destructora y su potencia sojuzgadora. Recalquemos esa verdad primaria: el secreto de la victoria está en nosotros mismos y no, como algunos se empeñan en creer, fuera del límite de nuestros esfuerzos. El resto del mundo puede continuar en paz, que con su conflagración poco o nada, contra lo que ha dado en creerse, nos sería a posible adelantar en

nuestro triunfo. Las soluciones catastróficas no son recomendables y el Gobierno las descarta de sus cálculos, entre otros motivos, porque no las necesita. Para reafirmarse en su fe tiene elementos suficientes en el heroísmo de los soldados y en el entusiasmo de la retaguardia. De ese heroísmo y de ese entusiasmo obtiene, con la seguridad de la victoria, la confianza para seguir en su trabajo, que cuida de las necesidades presentes y de las del porvenir, razón por la cual se complace en sacrificar las fáciles decisiones que le congratirían con toda clase de egoísmos, a las eficacias previsoras del mañana, que está en su decisión el que la guerra, prolonguese cuanto se prolongue, no se liquide en pérdida para la República. Firme en esa decisión, puedo declarar que el Ejército republicano, recio de moral, alto de heroísmo, dispondrá con generosidad de los elementos que le devolverán, con el derecho de iniciativa, la plaza de Teruel. Y Teruel es, para la ambición de independencia del Ejército Popular, España. Para esa victoria, el Gobierno ha hecho acopio de recursos y hará, con ayuda de la clase obrera, que se transformen en material. De la conjunción de los tres esfuerzos — Ejército, retaguardia y Gobierno — surgirán la victoria republicana de que España espera su renacer.

¡Hombres y mujeres de España! En los frentes de batalla tenemos un excelente Ejército, que ha escrito ya muchas páginas de gloria y al que le esperan nuevos laureles. A él se dirige hoy el Gobierno, y en vuestro nombre le dice: Tendréis, soldados del pueblo, todo el armamento que necesitéis para alcanzar, con vuestro valor y vuestra pericia, victorias decisivas en la lucha por la libertad de España. Para ello se afanará nuestra retaguardia, trabajando más y mejor, estimulados todos, por el sublime anhelo de aportar esfuerzos, desvelos y sacrificios al más rápido triunfo en esta lucha que enorgullece a cuantos en ella participan.

No es hora más que de tener un sólo pensamiento y una sola voluntad: aplastar al enemigo. Aplastarle luchando en el frente, trabajando más en la retaguardia, persiguiéndole y desmascarándole cuando se oculta entre nosotros. Porque el enemigo no fía tanto en sus éxitos militares como en sus manejos en nuestra retaguardia. Aprovecha y utiliza a los pusilánimes, a los que por falta de fe en el pueblo dudan de que éste pueda vencer. Aprovecha a los cobardes, a los que cualquier éxito se les sube a la cabeza, pensando en que en seguida van a terminar los sacrificios, y que se aterran ante el primer contratiempo y piensan en la huida o en la entrega al enemigo a través de intermediarios extraños.

Trato de traidor debe dar nuestro pueblo al que se complace en destacar la superioridad momentánea en armamento de que goza el enemigo.

Y al que no se ocupa de ayudar a movilizar todas las energías del pueblo español y de poner también a contribución las suyas para duplicar y centuplicar nuestro armamento. Quienes así se conducen son los mismos que tiempo atrás hubieran negado que en España pueden construirse aviones. Y hoy construimos aviones y material de guerra en sitios donde jamás se soñaba en que existiera esta industria.

Todo nuestro problema consiste en producir más. A ello ha de contribuirse por todos los medios. Como traidor debe tratarse al que no anteponga a cualquier otra cuestión la voluntad común de aplastar al enemigo, y de ayudar al Gobierno en esta tarea. Al que dude de que nuestro pueblo puede hacer los esfuerzos que sean necesarios para satisfacer plenamente las necesidades de nuestro Ejército.

### Por una España independiente, libre y feliz.

Momentos son éstos de sacrificio, pero también de seguridad en la victoria.

Momentos que exigen fortalecer más aún la voluntad común que a todos los españoles nos une contra los enemigos del pueblo.

Hace unos días, un aventurero internacional proclamaba cínicamente su propósito de disponer a su capricho, desde Alemania, de los destinos de nuestra patria. Esto no lo conseguirá jamás, jamás. El pueblo español no se ha dejado nunca imponer voluntades extrañas. Luchó en el pasado y lucha hoy por el derecho a decidir él solo su propia suerte.

Los últimos cañonazos extranjeros en Teruel no han podido apagar el eco de nuestra primera victoria, que reverdecerá con el concurso de todos en nuevos y decisivos triunfos.

La voluntad de vencer debe resonar como un canto de seguridad y firmeza en los tornos, en los volantes de las fábricas, en la faena del campesino, en oficinas y talleres. Y con una retaguardia ejemplar, puesta toda ella en tensión, al servicio de nuestras armas, podremos decirles a nuestros heroicos combatientes:

¡Jefes, comisarios y soldados del Ejército Popular! Todos los españoles se esfuerzan por superarse. Superaos también vosotros. Ni un palmo de tierra al extranjero. Con disciplina rígida, con capacitación concienzuda, con heroísmo inabitable, haced de nuestro Ejército el Ejército victorioso de una España independiente, libre y feliz.



## Italia y Alemania siguen enviando material a Franco

Londres. — El *News Chronicle* publica una información según la cual los facciosos siguen recibiendo, en cantidad, aviones y artillería de Italia y Alemania. El *News Chronicle* dice que Chamberlain sabe muy bien que Mussolini continúa enviando armas a Franco.

## No salen soldados italianos de España

Un informe de la United Press de Gibraltar comunica que ningún italiano sale por ahora de España, y según una personalidad rebelde, la retirada no se realizará.

Todas las semanas llegan refuerzos de aviadores italianos; algunos desembarcan en Gibraltar y otros llegan por aire, viajando en la línea que une a Sevilla con Italia, vía Mallorca.

(«Daily Herald», 23-II-1938.)

## Un barco italiano con cargamento de bombas y aviones desmontados

París, 25. — La Agencia España comunica desde Marsella que el barco italiano *Aniene* ha zarpado de La Spezia con un cargamento de bombas para aviones de 50, 150 y 250 Kg. y de varios aviones desmontados. El barco se dirige a la España facciosa.

## La política de Chamberlain

La sensación producida en la opinión pública por la dimisión de mister Edén ha relegado a segundo término, como era natural, la ansiedad del pueblo británico respecto del golpe alemán en Austria.

Coincidente con el discurso de Hitler, la crisis del Gabinete ha atraído de tal modo la atención pública, que ha impedido reflexionar detenidamente sobre la significación de las palabras del jefe alemán.

Sin embargo, es esencial que no se olviden ni la forma de la victoria de Hitler en Austria, ni el fondo de su discurso del domingo, pues están ligados de manera real y fundamental a la dimisión de Mr. Edén. Expresan ese mismo sistema de política de fuerza que ha sacrificado al ministro inglés.

Cuando Mr. Chamberlain se decidió por la política que había de traer la dimisión del Ministro de Negocios Extranjeros, se embarcó para un viaje que va mucho más allá de las relaciones angloitalianas.

\*\*\*

Es significativa la inclinación a entrar en negociaciones con Italia, en las propias condiciones impuestas por ésta, y alejar enteramente a ambos países del sistema de seguridad colectiva y del Derecho internacional.

Pero no es menos significativo que de este Gobierno no haya salido ni una palabra de protesta contra la anexión virtual de Austria, una nación para mantener cuya independencia fuimos comprometidos; anexión asegurada por una amenaza de fuerza tan clara como jamás ha visto el mundo.

Y no es menos inquietante que desde Londres no se haya dado alguna seguridad a Checoslovaquia, de que Inglaterra y Francia estarán unidas en caso de amenaza contra la integridad de aquella.

A cambio de la esperanza de un acuerdo en el Mediterráneo y la perspectiva tenue de un pacto de las cuatro potencias: Inglaterra, Alemania, Italia y Francia—ésta participe a disgusto, pero obligada—, el Primer Ministro está dispuesto a abandonar toda concepción de un mundo gobernado por el Derecho internacional y conceder libertad de acción a las potencias fascistas.

¿Qué significa esta conducta, no sólo en cuanto a esperanzas fallidas e ideales abandonados, sino en cuanto a la realidad de la política práctica?

\*\*\*

De una parte, un posible compromiso de «pacificación» con Italia y Alemania.

¿Y de la otra?

Una inevitable debilitación de los

lazos que unen a Inglaterra con la democracia hermana: Francia. La terminación de todas las esperanzas de participación americana en una política verdadera de pacificación mundial, ya que los Estados Unidos reconocen que la política de Chamberlain es la del sistema de fuerza, y con razón esta política les es sospechosa.

Significa crear en Rusia una nueva sospecha que fácilmente puede conducir a que se retire la U. R. S. S. de una Sociedad de Naciones desacreditada. Significa el abandono de España al fascismo.

A la Europa central parece decir que quien quiera estar a salvo debe apresurarse a entrar en la órbita alemana. A las pequeñas democracias les advierte de que no pueden tener por más tiempo esperanzas en la paz por medio del Derecho internacional, sino que deben agruparse a la mayor rapidez alrededor de una gran potencia.

Pone término a lo que queda de la autoridad moral británica en el mundo. De aquí que estemos de nuevo en los días de las alianzas inciertas, en los días de 1914.

Esto es lo que significa la política de Mr. Chamberlain. Hay que luchar contra ella sin cesar, pues en su derrota está nuestra única esperanza.

(«Daily Herald», 23-II-1938.)

## Resolución sobre la Paz, adoptada por el Comité Central de la A. R. A. C. en su última sesión

El Comité Central de la «Association Republicaine des Anciens Combattants», reunido en París los días 12 y 13 de febrero de 1938, dirige, en nombre de sus 100.000 adheridos, un llamamiento urgente en favor de la paz a todos los ex combatientes de Francia y del mundo entero.

En el momento en que la guerra desencadenada por el fascismo internacional extiende sus atrocidades de una manera cada vez más sangrienta y amenaza a todos los pueblos con una espantosa conflagración, que supera en horror a los más terribles cataclismos de la historia, pide al Gobierno francés, que, desgraciadamente asumió, en agosto de 1936, la enorme responsabilidad de una política que ha favorecido a los fautores de guerra del fascismo internacional, que tome la iniciativa de unir a las potencias democráticas en una acción común de salvaguardia de la paz.

Los ex combatientes esperan una acción enérgica, ordenada y rápida de los gobiernos democráticos y les aseguran que participarán en ella con todos sus esfuerzos.

El Comité Central se alza con in-

## Francia es aún Francia

Por ALBERT BAYET

«¡Yo haré esto!...» «¡Yo no permitiré aquello!...» «¡Yo ordeno!...» «¡Yo exijo!...» «Si se me pone resistencia, ¡cuidado con la granizada de hierro y acero!»

¿Cree Hitler verdaderamente que va a espantarnos con estas bravatas? En otras palabras, ¿cree que Francia no cuenta ya para nada, que Francia no existe ya?

Si es así, decirle claramente que se equivoca es servir la causa de la paz.

Conozco bien la causa de este error. El *Führer* ha podido reclutar en nuestro país una banda de traidores que ha aceptado de él bombas, granadas y ametralladoras para formar en nuestro suelo las tropas de choque de los nazis. Ha podido encontrar en París algunos derechistas que, cada vez que los alemanes asesinaban a nuestros hermanos de España en Guernica, o en Almería, corrían a Berlín a rendir homenaje al «pacifismo» del *Führer*.

Pero, ¿pueden verdaderamente creer allí que estos hombres representan al pueblo de Francia? ¿Pueden creer que somos un pueblo acabado, dispuesto a todas las abdicaciones y a todas las capitulaciones? ¿Pueden creer, cuando se nos pide insolentemente que renunciemos al ideal del 89, a los principios democráticos, a nuestra independencia nacional, que vamos a ceder?

«¡Cuidado con la guerra!», se nos dice. Si, la guerra sería algo terrible. Pero, no hay que olvidar este detalle: no sería menos terrible para los alemanes que para los franceses. Hay quien se burla de nosotros cuando nos vienen a contar que Hitler y Mussolini no tienen nada que temer, porque son invencibles. Acerca de la «fuerza» del *Duce*, ya sabemos a qué atenernos, después de haber visto cómo ha acusado el golpe que para él representa el asunto austriaco.

En cuanto a la potencia irresistible de un *führer* que tiene contra él, en Alemania, a los socialistas, a los comunistas, a los católicos, a una parte de la Iglesia protestante y a otra parte de la Reichswehr, puede ponerse en duda. En efecto: si los dos dictadores cometiesen la locura de atacar a Francia, a Inglaterra y a la U. R. S. S., serían vencidos.

No buscamos esta derrota, porque sentimos ho-

rror por la guerra, porque la consideramos un crimen y una locura. Pero, por esta misma razón, no estamos dispuestos a admitir que los belicosos, fuertes por el solo hecho de hablar tan pronto de la pólvora seca y de la espada afilada, como de la granizada de hierro y acero, impongan la ley al mundo.

He aquí por qué el pueblo de Francia, lejos de dejarse amedrentar por las amenazas, lejos de dejarse engañar por los sofismas de la guerra en Etiopía, en España y en China, por el envío de armas alemanas a Francia, y por tantas otras manifestaciones «pacifistas», reclama, en nombre de la paz, una política enérgica, y quiere que sea tanto más resuelta cuanto más violentas sean las amenazas.

He aquí lo que hace falta que sepan en Berlín y en todas partes: nosotros, pacifistas franceses, que hemos luchado por el acercamiento del pueblo francés y del pueblo alemán, y que seguimos siendo partidarios de todo acuerdo basado en el Derecho, no aceptaremos jamás que el fascismo nos cerque, apoderándose de España e instalándose en las Baleares.

No estamos dispuestos a abandonar a nuestros aliados checoslovacos, quienes, en caso de agresión, pueden contar con nosotros como nosotros contamos con ellos.

No estamos dispuestos a renunciar al Pacto francosoviético, que es un pacto de paz que garantiza nuestra independencia.

Permanecemos y permaneceremos fieles al principio de seguridad colectiva, salvaguardia de la seguridad francesa.

Si los nazis, engañados por sus agentes, lo dudan, que releen el discurso pronunciado por Eduardo Herriot en el Congreso de Lille; que lean el discurso pronunciado por Daladier el domingo pasado en La Mutualidad.

Lo que expresan las palabras de estos dos hombres no es solamente la voluntad refleja del partido radical, sino la de toda la Francia republicana. Es conveniente que se sepa en Berlín. Es conveniente que se sepa en todas partes.

Albert BAYET

(«L'Oeuvre», 22-II-1938.)

## IDEAS Y DOCTRINAS

## La posición mundial de Inglaterra

Las perturbaciones que sufre el mundo son múltiples y tienen muchas causas. Entre estas causas, hay una que atañe particularmente a Inglaterra y cuya acción se deja sentir cada día más: es que el equilibrio de las fuerzas ha cambiado considera-

blemente en el mundo en los cincuenta años últimos, y que, hasta hace poco tiempo, Inglaterra no ha empezado a darse cuenta de ello.

Se manifiesta hoy una tendencia general a creer que Inglaterra se ha debilitado mucho. Su política vacilante parece probarlo... «Wait and see» sigue siendo, como durante todo el siglo XIX, la norma de su política. Pero los acontecimientos se precipitan en todas partes, y esta espera paciente y prudente desgasta el prestigio inglés. El mundo empieza a preguntarse si Inglaterra es aún capaz de una acción enérgica que comporte grandes riesgos. ¿Tiene el mundo razón o no en creer que Inglaterra está debilitada? La tiene y no la tiene al mismo tiempo.

Inglaterra no se ha debilitado de una manera absoluta. Hoy es más rica y militarmente más fuerte que hace un siglo. Pero se ha debilitado de una manera relativa, porque en ese espacio de tiempo han surgido nuevas potencias que han complicado el juego de la política mundial. En el conjunto de fuerzas que hoy dominan el mundo, la fuerza inglesa cuenta menos que hace un siglo.

Hace un siglo, sólo había en el mundo cinco grandes potencias que disponían de una fuerza militar considerable: Inglaterra, Francia, Austria, Prusia y Rusia. La flota inglesa era la más fuerte de todas. En su isla, defendida por su flota, Inglaterra era inatacable.

En los cincuenta años últimos, han surgido varias nuevas potencias militares, terrestres y marítimas: Italia,

Alemania, Polonia, el Japón y los Estados Unidos. Dos nuevas potencias militares empiezan a organizarse: España y China. Inglaterra, no sólo no domina en los mares, sino que ha dejado de ser inatacable en su isla. El esfuerzo que tiene que hacer para defender su imperio y todos los intereses de que éste es el centro, contra las realidades que se multiplican por todas partes, es mucho mayor que hace un siglo.

¿Qué significan, en el fondo, los acontecimientos extraños de que es testigo el mundo desde hace varios años? Que Inglaterra ya no es capaz, como lo fué de 1815 a 1914, de sostener sola el inmenso sistema de sus intereses imperiales; y que el imperio inglés también tiene necesidad de una alianza. El gran error que cometió Inglaterra después de la terminación de la guerra mundial, fué el de no comprender esta nueva situación y no darse cuenta del debilitamiento relativo de su potencia que hacía indispensable el concierto de una fuerte alianza. Inglaterra volvió a poner en práctica, después de la guerra mundial, su antiguo juego de equilibrio entre Francia y Alemania, y entre Francia e Italia; como si pudiese ser todavía, merced a su posición insular privilegiada, el árbitro del continente europeo. El resultado es la situación en que hoy se halla: Europa y Asia se le escapan al mismo tiempo y se coaligan para amenazar a su imperio, aislado en el mundo.

Para poner un poco de orden en el mundo, es necesario que Inglaterra

(Continúa en la pág. siguiente.)



## Palabras del conservador Mr. Winston Churchill: "Las democracias retroceden avergonzadas y confusas"

(«News Chronicle» 23-2-38)

### LA POSICION MUNDIAL DE INGLATERRA

(Continuación)

tenga un aliado en Europa, y este aliado no puede ser otro que Francia. Las razones son evidentes: semejanza de instituciones políticas, vecindad geográfica, comunidad de peligros, prevailecimiento de los intereses sobre las rivalidades. En efecto, las relaciones entre ambos países son cada día más estrechas, aunque no se pueda todavía hablar de una alianza en el sentido preciso que esa palabra tiene en la historia de la Europa de los últimos siglos. En lo que es posible prever el porvenir en el caos en que ha caído el mundo, parece probable que, cuanto más aumente el desorden general, más se acercarán las relaciones entre Inglaterra y Francia a una verdadera alianza, al menos si estos dos países no se ven asaltados también por la manía de suicidio que conduce a una catástrofe inevitable a otros grandes Estados europeos.

Hay sin embargo una dificultad: la dificultad que ha impedido siempre a Inglaterra desempeñar un papel decisivo en los grandes asuntos de la Europa continental: el desequilibrio de su fuerza. Inglaterra ha sido siempre muy poderosa en el mar. Todo el mundo está convencido de que ya es muy fuerte en el aire y que lo será aún más en un porvenir no lejano.

Pero su fuerza terrestre es mucho menor, y las grandes guerras continentales han sido siempre decididas por los ejércitos de tierra. Una de las razones de que la guerra de 1914 du-

rarse más de cuatro años fué que hubo que dar tiempo a Inglaterra para organizar un gran ejército de tierra.

Como nación capaz de actuar en una guerra continental con un ejército, Inglaterra carece hoy de una fuerza real. Sábese que si quisiera podría hacer un esfuerzo análogo al de 1914-18, y se espera o se teme que quiera repetir el esfuerzo. Esta fuerza terrestre, acumulada a la potencia de que dispone en el mar y en el aire, es suficiente para hacer de Inglaterra una nación temible, que ni los Estados peor dispuestos hacia ella se atrevan a desafiar. La fuerza inglesa se convierte así en una garantía de la paz, precaria y angustiosa, de que gozamos y sufrimos al mismo tiempo. Pero justamente porque la fuerza inglesa está en desequilibrio por lo que se refiere a una gran política continental, la garantía que ofrece a la paz no es tan precisa y segura como se desearía. Hay detrás de esta garantía una incertidumbre que conturba al mundo.

Si mañana estallara una gran guerra en Europa, sería mucho más fácil prever lo que podrían hacer Francia, Italia y Alemania que calcular de antemano la acción continental de Inglaterra. Desde este punto de vista, Inglaterra se encuentra en la misma situación que Rusia. Una de las razones del caos europeo es que, en nuestro continente, no existe ya ningún equilibrio económico político o militar, y que el equilibrio militar es quizás, el más precario, justamente

porque los elementos desconocidos se han multiplicado con exceso. Los cálculos sobre las fuerzas militares de los Estados en caso de guerra son siempre muy aleatorios; pero hoy lo son mucho más que en 1914.

Por eso es por lo que, en una Europa en donde todo está desequilibrado—tanto la fuerza militar como las relaciones de los Estados o las orientaciones de los espíritus—sería muy útil que Inglaterra equilibrase un poco más sus fuerzas militares aumentando su potencia terrestre. No se en qué medida será posible este aumento; sé que es más difícil, en Inglaterra como en todas partes, que el aumento de las fuerzas navales y aéreas; pero creo que Inglaterra prestaría un gran servicio a Europa y a sí misma si pudiera sacrificar a la tierra un poco del mar y del aire. El pueblo inglés debería examinar seriamente lo que puede hacer en este sentido y no vacilar en hacerlo, aunque esté obligado a contradecir una tradición dos veces secular. El mundo ha cambiado mucho en cincuenta años, y la posición mundial de Inglaterra no es la que era en el siglo XIX. Los métodos que crearon y garantizaron su potencia antes y después de la revolución francesa, podrían resultar ineficaces hoy. Se plantean problemas nuevos; hay que buscarles solución en el presente.

Guglielmo FERRERO

(«La Dépêche de Toulouse», 20-II-1938.)

## Lo que han hecho en Galicia

### El terror en la provincia de La Coruña

VII

#### SURGE EL FALANGISTA

En los primeros instantes, el movimiento fué puramente militar, y, como he señalado, las clases conservadoras y reaccionarias, aunque muy complacidas, rehuieron cautamente el aparecer mezcladas en él. La Ceda, y aun las Juventudes de Acción Popular, que tenían una clara actuación filofascista, quedaron también al margen del movimiento. La primera incorporación que hubo a la sublevación fué la de Falange Española.

¿Qué era el fascismo coruñés? No era nada; absolutamente nada. Allí no había habido más que un amigo personal de Primo de Rivera, apellidado Canalejo, que había fracasado en el empeño de constituir un pequeño centro de Falange. Al triunfar en las elecciones el Frente Popular, el centro falangista se había ausentado de Galicia.

Pero, detrás de los militares rebeldes, aparecieron pronto los primeros falangistas: el primero de ellos, un sastre llamado Casteleiro; como falangista destacado, apareció también, desde la primera hora un tal Hernández, jefe del taller municipal, y nadie más.

Estos tipos, aislados, y algunos miembros de las antiguas juventudes mauristas y sus criados, y esos elementos turbios que aparecen siempre

que se remueve la organización social, fueron, poco a poco, el núcleo inicial de Falange, los que se apoderaron ávidamente de las armas, que repartían los militares entre quienes se mostraban adictos a la rebelión.

Una semana después del movimiento, Falange Española estaba instalada en la antigua Casa del Pueblo; comenzaban a llover las adhesiones, y, poco más tarde, estaba creado el aparato de terror que los militares necesitaban para gobernar.

En los primeros días de agosto, comenzó a funcionar, en el local de Falange, un tribunal encargado de dirigir la represión. En aquellos primeros momentos, Falange Española no tenía, en realidad, más elementos que los miembros de este tribunal, que ponían gran empeño en permanecer ocultos. Hasta tal extremo les faltaba gente, que, en las primeras semanas, los jueces de Falange tuvieron que ser también los ejecutores: ni siquiera tenían quienes les sirvieran de verdugos; en La Coruña, al menos, no los encontraron. Quienes, mandados por ellos, iban a las casas a practicar los registros y detenciones, eran gentes a las que hicieron venir expresamente de Valladolid.

No pasó mucho tiempo sin que aparecieran los primeros cadáveres de los asesinados por Falange.

Los cuatro primeros se encontraron cerca de Pastoriza, en la carretera vieja de Arteijo. Todos ellos eran in-

dividuos que habían sido detenidos por los falangistas dos o tres días antes.

Una de las víctimas era don Luis Huici, hombre culto, de izquierdas, que tenía una importante casa de sastrería, acaso la más reputada de La Coruña. No se olvide que el primer falangista era también un sastre, Casteleiro, y se verá que, desde el primer instante, Falange decía eloquentemente cuáles eran los motivos íntimos de sus crímenes. Al señor Huici, fueron los falangistas a buscarle en su sastrería, y se lo llevaron en seguida detenido al local de Falange, en la calle Juan de Vega, donde estuvo poco más de veinticuatro horas. Cuando, al día siguiente de su detención, fué su esposa al local de Falange para llevarle el desayuno, le dijeron que ya no estaba allí.

Su cadáver, aparecido aquella mañana con los de otros tres presos, fué recogido por un furgón de Intendencia y trasladado al cementerio. De los cuatro cadáveres recogidos aquel día, los soldados del furgón dieron cuenta a sus jefes en una parte que decía escuetamente: «Bajas recogidas, cuatro». A renglón seguido, aparecían los nombres y apellidos de las cuatro víctimas, que fueron identificadas fácilmente, y en un pliego aparte, el inventario de lo que se les había hallado encima. Del señor Huici, se recogieron—según hacía constar el parte—: una sortija, un mechero,

## Contra la bota hitleriana

La clase obrera de Austria está dispuesta a luchar por independencia de su país

Viena, 23. — Bajo los auspicios del Sindicato único se está organizando un plebiscito de la clase obrera, en favor de la independencia de Austria.

Los delegados sindicales han sometido a la aprobación de los obreros de las fábricas, en todo el territorio de Austria, una resolución patriótica concebida en los siguientes términos:

«La clase obrera está dispuesta a luchar por la independencia de Austria. Ve en toda amenaza a esta independencia un peligro social y un peligro de guerra. La lucha por la independencia de Austria exige el concurso de toda la población. La clase obrera levanta como un solo hombre y se pone al lado del canciller Schöngg, heredero del canciller Dollfuss, en la lucha por la independencia austriaca.»

En las fábricas de Viena y de la Baja Austria, los obreros adhieren en gran número a la resolución. Sobre la base de los informes aun incompletos que llegan de la provincia, el Sindicato único declara contar, desde ahora, con un millón de adhesiones entre obreros y empleados.

El Canciller ha recibido un mensaje de solidaridad de los sacerdotes católicos austriacos.

(«L'Humanité», 24-II-38)

### EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

unas llaves, un monedero y una nota firmada por su mujer, en la que le decía que tuviese serenidad y confianza en Dios. Nada de esto pudo recobrase. En el Juzgado dijeron a la viuda que hiciese la reclamación en la Delegación de Orden público. Sin más trámite, se dió sepultura al cadáver, haciéndose constar en el Registro civil que el fallecimiento había sobrevenido por «hemorragia interna».

Del hallazgo de estos cadáveres no se publicó ni una sola noticia en la prensa. La viuda de Huici intentó enviar a unos deudos suyos, de América, un cable, diciendo escuetamente: «Luis ha muerto», y no se le consintió. Quiso, luego, cobrar las deudas que con su marido tenían no pocas familias distinguidas de La Coruña, y no consiguió sino recibir injurias y reproches. «No pagamos deudas a rebeldes», le contestaban, muy contentos de que hubieran asesinado al sastre.

La viuda, arruinada, sola, consiguió, después de grandes dificultades, que le concedieran permiso para reunirse con la familia que tenía en Nueva York. Gracias a esta circunstancia, puede contar su tragedia. Casos como éste los hay a centenares; pero me es imposible relatarlos, porque los deudos de las víctimas no han podido librarse de la tiranía falangista.

El único asesinato cometido por Falange, del cual dejó constancia la prensa local, fué el de un individuo, llamado Horacio Cárcamo, cuyo cadáver apareció, casi desnudo, cerca de Oleiros. Los periódicos contaban simplemente que el muerto había estado en el Gobierno civil disparando una ametralladora el día de la sublevación. No decían que había sido detenido en su domicilio por un grupo de falangistas, que lo arrancó del lecho y en paños menores se lo llevó, para matarlo en la carretera.

A partir de entonces, aparecieron cadáveres en las carreteras de La Coruña casi diariamente. Al principio, el Juzgado de instrucción abría sumarios por muerte violenta e incluso publicaba edictos en el Boletín Oficial para que quienes se considerasen

con derecho se personasen en el juzgado. Los enterramientos sólo se hacían después de haber hecho ciertas investigaciones, a lo menos por familia.

Pero esto fué sólo al principio. Cuando se intensificó el terror, el Juzgado dejó de intervenir, y los enterramientos se hicieron en los cementerios parroquiales más próximos al lugar donde los cadáveres habían aparecido, sin preocuparse de la identificación de éstos y sin que, a veces, ni siquiera se hiciesen asientos en los libros parroquiales.

Por lo general, los falangistas criticaban a sus víctimas en las proximidades de los cementerios. En de Abegondo se hicieron muchos enterramientos, de los que ni siquiera

(Continúa)

### Aviones extranjeros ametrallaron ayer Sagunto Guixols y Blanes

Tres tripulantes de un barco inglés, heridos

#### EL COMUNICADO OFICIAL

Esta mañana, seis aparatos realizaron un bombardeo sobre Sagunto. La agresión produjo tres heridos, todos ellos tripulantes del vapor inglés «Bremden» encontrándose uno de ellos gravísimo por heridas de metralla en la cabeza. Por la tarde, dos bombarderos que aparecieron en la costa catalana bombardearon y ametrallaron los pueblos de Guixols y Blanes.

(Barcelona, 26-II-1938)

### Aclaración al último Decreto de Movilización

Afecta a los que cumplen 19 años en 1938

Nota facilitada por el Ministerio de Defensa Nacional:

«Algunos periódicos, por un explicable error de imprenta, han hecho constar que habían sido movilizados los individuos que cumplieran dieciocho años dentro del actual.

Las publicaciones oficiales determinan con exactitud que la movilización comprende a los que cumplan diecinueve años en el de 1938.»